



CAPÍTULO XXI

La Eucaristía y la Civilización universal

SUMARIO

Preámbulo.

- I.—Jesucristo Sacramentado causa directa del progreso universal.—Jesucristo Sacramentado impulsando á su Iglesia para conseguir la civilización en todos los sentidos.
- II.—Jesucristo en el Sacramento, luz, camino, verdad y vida de la Iglesia.—El mundo, regenerado y civilizado por los apóstoles y sus discípulos.
- III.—Idem por los monjes, quienes, como aquéllos, á impulsos de la Hostia santa emprendieron la civilización intelectual, moral y material.
- IV.—Idem por los religiosos mendicantes.—Los frailes, empeñándose por obsequiar al Sacramento.—Idem por el Clero secular.
- V.—El mundo moderno, de espaldas á la Iglesia Católica.—La acción del Sacramento del Altar en nuestros días.
- VI.—Los frailes, llevando la civilización á todas partes.—Sabios religiosos de nuestra época.
- VII.—Trabajos del Clero secular y de los seglares católicos.—Resultado y consecuencias.

Llave de oro que abre suavemente las formidables puertas de un nuevo mundo, el mundo del progreso, el mundo de la universal civilización, es la Sagrada Eucaristía. Al pretender ocuparme de la civilización verdadera, esto es: el paso de la tosca rudeza á la cristiana cultura; ó también, el desarrollo y adelantamiento intelectual, moral y material de los pueblos de conformidad con la recta razón, armoni-

zada con la ley divina, no del progreso material aislado, sin respecto á más altos fines, ni del progreso moral en el sentido vago de esta palabra, ni del progreso intelectual sin relación á una sabiduría práctica; porque el primero metaliza, el segundo no perfecciona é hincha el último: es mi deber únicamente, hacer observar que la verdadera civilización reconoce por causa directa á la Santa Eucaristía. Que la Iglesia Católica haya ejercido suma influencia en la civilización de las naciones; más aún: que esta misma Iglesia haya sido y sea la causa del notable adelantamiento verdad del individuo y de la sociedad en general, es un hecho tan culminante y notorio que nadie que conozca la historia lo ignora. Mi objeto va todavía más adelante: sin dejar de reconocer esta importante verdad, debo consignar un hecho grande, extraordinario, sublime, no reconocido por todos los hombres civilizados, ni, lo que es más de sentir, por muchos católicos; á saber: que la Iglesia Católica, en tanto ha civilizado sabiamente al mundo, en cuanto ha recibido la sabiduría, la energía y la acción práctica, directa é inmediatamente de Jesucristo en el más bello de sus Misterios. Por lo que hemos de concluir verazmente que Jesucristo Sacramentado es causa directa de la Civilización universal. Entremos en el fondo del asunto, é incrustando nueva margarita en el artístico florón que tejemos á la Santa Eucaristía, notaremos al propio tiempo, que el notable hecho que vamos á estudiar constituye una prueba más de la realidad pasmosa del Misterio eucarístico.

I

En efecto; por lo mismo que es extraordinario el hecho de la civilización de las naciones por la Iglesia Católica, civilización pasmosa y arrobadora que ninguna otra sociedad ni imperio ajenos á ella pudieron llevar á cabo, debe llamarnos poderosamente la atención el por qué esa grande Iglesia, y no otra ninguna, pudo causar la honda revolución progresiva en el mundo. No debemos fijarnos en su constitución sorprendente, ni en sus medios especiales de acción,

ni en sus miembros numerosos, ni en su táctica maravillosa, ni en el apoyo que pudo tener en los poderosos; porque sociedades hubo también que contaron con sabias constituciones, peculiares medios de acción, innumerables servidores, prudente manejo, fuerte apoyo en los grandes, poderosa fuerza de las armas, sin haber experimentado las horribles y seculares persecuciones de que fué objeto la Iglesia Católica; y sin embargo, jamás ofrecieron al mundo el hermoso espectáculo de conseguir su civilización juntamente con su conversión á la fe. Debemos fijarnos en otra causa extraordinaria, sobrenatural, divina que, valiéndose de la Iglesia Católica, ejecutase como quien juega, el famoso acontecimiento del progreso de los pueblos. Y esa causa es Jesucristo, su Fundador, quien había vaticinado que sin su apoyo nada puede llevarse al fecundo terreno de la práctica.

Mas á Jesucristo no debemos considerarlo únicamente como divino sembrador de la civilización de los pueblos, dejando á la Iglesia que recogiera con ímprobos afanes el fruto esperado. Nada es ni puede la Iglesia sin Jesucristo; he ahí por que el Salvador la ilustra, la impulsa al trabajo, la acompaña en su acción, la sustenta, la protege, la defiende de arteros enemigos y la conserva incólume, grande y llena de esplendores indefinidamente. En este concepto, único verdadero, podemos considerar á Jesucristo como principal factor de la civilización. Mas Jesucristo no ilustra, ni impulsa, ni acompaña, ni sustenta, ni protege, ni defiende, ni conserva á la Iglesia, sino por medio del adorable Sacramento de la Eucaristía, en el cual, Él mismo real y viviente, bajo humildes formas nutritivas, ha deseado aprisionarse perpetuamente para dar la *vida*, no solamente la vida de la gracia aislada, ni la vida de la gloria exclusivamente considerada, sino la vida de la gracia divina para que se obtenga por ella la vida social en toda su perfección, á fin de que por su medio, esto es, con el ejercicio evangélico de esta vida social se alcance la vida de la gloria: que Jesucristo no nos ha otorgado el Sacramento eucarístico para fines meramente

espirituales é internos sino, en general, para fines socialmente cristianos.

Si, pues, Jesucristo Sacramentado concede plenamente la *vida* á la Iglesia, Él mismo, en efecto, desde la Hostia santa la ilustra, iluminando su entendimiento, fortaleciendo su memoria y vigorizando su voluntad; con la Hostia santa la impulsa á obrar el bien en toda la extensión de la palabra; con los efectos de la Hostia santa la acompaña en su divina, incesante y universal labor de la conquista de los hombres y los pueblos; por medio de la Hostia santa la sustenta abundantemente, pues Ella es el Pan legítimo del cielo; con la Hostia santa la protege, haciéndola caminar siempre hacia adelante sin retroceder jamás; por medio de la Hostia santa la defiende de los hombres perversos que intentan vanamente proscibirla; por medio de la Hostia santa, finalmente, es conservada la Iglesia en la santidad, en la ciencia y en el bien.

Que Jesucristo hubiera podido ejercer una influencia semejante, sin el Sacramento eucarístico, es una fácil cuestión que se resuelve en sentido afirmativo; pero que no quiso desempeñarla de ninguna manera, sino por el divino medio del Sacramento es también un hecho clarísimo y de fe católica. He ahí por que con toda verdad podemos y debemos concluir que Jesucristo Sacramentado es la causa de la civilización universal.

Al entrar en algunos pormenores no es por repetir lo que quizá otros autores hayan consignado, sino por robustecer esta verdad importantísima desechada por los impíos é ignorada de muchos cristianos. Aquéllos, para su gobierno, no debieron apartar jamás los ojos de ese grandioso y universal fenómeno la civilización cristiana; debieran ser más justos y agradecidos para con la Iglesia Católica y su Cristo que les ha hecho contemplar los portentos de un mundo civilizado; éstos, para su bien convendría estudiasen y admirasen de cerca ese mismo fenómeno que ventajas tantas les ha reportado y sigue reportando en todos los órdenes de la vida.

II

«Yo soy la luz, Yo soy el camino, Yo soy la verdad, Yo soy la vida,» había dicho Jesucristo; *luz* verdadera de la inteligencia, luz inextinguible que alumbra las sombras más negras del alma, luz necesaria para esclarecer el camino de la eternidad, y Jesucristo es el *camino*; el verdadero camino del progreso que lleva al Padre de las lumbres, el camino único donde no hay precipicios de errores y donde se halla sembrada la verdad, pues Jesucristo es la *verdad*; la verdad inmutable y única por esencia que otorga la vida á los individuos, á las familias y á la sociedad, pues que también Jesucristo es la *vida*; la vida sana, la vida robusta, la vida santa de los pueblos. Jesucristo había proferido esos grandes principios de regeneración social, de civilización verdadera, y mandó á sus discípulos que, predicándolos por todo el mundo, los llevasen al escabroso terreno de la práctica. Entonces es cuando Jesucristo Sacramentado marcha de hecho al frente de sus discípulos para inculcar al mundo esas regeneradoras máximas. Son los apóstoles, son los monjes, son los misioneros, quienes las repiten sin descanso, sin temores y obteniendo pingüe fruto; porque Jesucristo, á quien poseen todos los días en sus manos y corazón, les da potentes energías y obra en su favor sorprendentes milagros.

El mundo pagano, al advenimiento del Salvador, conservaba todavía cinco géneros de lepras sociales, imposibles de curar por nadie que no fuese el Hijo de Dios. La lepra de la esclavitud, la lepra de la degradación de la mujer, la lepra del cruel instinto y por consiguiente de la inútil efusión de sangre humana, la lepra del sibaritismo y de la extrema corrupción de costumbres y como natural consecuencia, la lepra de la fría inercia en las ciencias, en las artes é industrias humanas.

Yo no voy á detenerme ahora en la comprobación de semejantes repugnantes hechos, pues son del dominio de la universal historia, pero los he mentado para consignar que Jesucristo con su preciosa doctrina los alejó y aun desterró

poco á poco de la sociedad. El mundo creyó, porque no pudo menos de creer, que Jesucristo es la Verdad por esencia; y al hacer constar Éste que el hombre es libre ante Dios, los pueblos le siguieron, las relaciones sociales se suavizaron, comenzaron los señores á buscar á sus siervos y éstos á acercarse á sus señores, y, como quien borra completamente una gran mancha de negra tinta sobre blanco lienzo, quedó borrada de los pueblos cristianos la ignominiosa esclavitud. Al publicar que todos los hombres somos iguales ante Dios, la mujer comenzó á ser mirada con atención, con respeto, con cariño; la mujer dejó de ser *cosa* para ser *persona* igual al varón. Al predicar la caridad y mansedumbre, las gentes mortificaron sus fieros instintos, y con haber instituído el Sacrificio pacífico de la Eucaristía, extinguió en absoluto los atroces sacrificios de humanas víctimas. Al ensalzar la monogamia, proscribir su contrario y reprochar duramente la impureza, despejóse la densa atmósfera enturbiada por los vicios, las costumbres se purificaron, y el hombre, antes víctima de sus bajas pasiones, cobrando nuevas energías, se elevó sobre sí propio y adquirió otra vida más exuberante. Al añadir que debemos ocupar el tiempo honestamente; pero sin el afán de acumular riquezas, abrió el horizonte á las ciencias, á las artes y á toda clase de conocimientos humanos, poniendo empero fuerte cortapisa á los desmedidos afanes del hombre por amontonar inútil oro, á fin de que pensase mejor en los eternos bienes.

Esta bella regeneración obrada por el Salvador de los hombres, y que había sido incoada con el total cambio de las ideas, fué proseguida suavemente con el difícil cambio de las costumbres, á los cuales cambios siguió necesariamente el movimiento por el desarrollo y perfección de los talentos humanos. Su doctrina salvadora, sus ejemplos saludables y el producto de ambos poderosos agentes, levantaron á la sociedad de su ignominia y la colocaron en el camino del progreso.

Mas no creáis á la vista de esas hermosas orientaciones, que era el paganismo quien corrió por las vías del pro-

greso para civilizar al mundo, pues al advenimiento, y poco después de la predicación del Mesías, «sofocados los gérmenes del saber esparcidos por los presentables filósofos antiguos, los sueños habían ocupado el lugar de los pensamientos altos y fecundos, el prurito de disputar reemplazaba al amor de la sabiduría, y los sofismas y las cavilaciones se habían sustituido á la madurez del juicio y á la severidad del raciocinio» (1). Muchos de los conocimientos del Oriente ni aun habían podido arraigar en el Imperio, y los paganos, ciertamente, no podían emprender el costoso viaje del progreso. No creáis que eran los seculares católicos los que se levantaron para oponer al mundo viejo una cultura sana y científica, pues á éstos bastábales aprender y ayudar á sus fervorosos maestros. Eran, sí, los discípulos de los apóstoles, el cuerpo docente de la Iglesia, los que en todo tiempo, á la par que luchaban con los herejes y sofocaban sus nauseabundos gérmenes, preparaban las vías de la civilización, lanzándose á todas partes y á todas las regiones para sembrar la semilla civilizadora de Jesucristo, labrarla y coger sus abundantes frutos. Eran los sacerdotes y sus ministros los que no sólo administraban á las gentes el pan del entendimiento, si que también el pan del cuerpo, y en apartados países, ellos exclusivamente eran, como lo son ahora, los que enseñaban á los pueblos ignorantes á proporcionarse éste último. He consignado este relevante hecho para repetir que la civilización se debe á la Iglesia Católica, y dentro de esta Iglesia al Clero, impulsado por Jesucristo Sacramentado, su vida lozana, ya que también es su luz y su alimento.

III

Mas es preciso profundizar el asunto aún más. Después de los trabajos civilizadores de los apóstoles y sus discípulos, después que pasó la gloriosa época de los mártires, cuando la paz constantiana dulcificara un tanto la vida de los primeros cristianos: el evangelio, por más que había sido

(1) Balmes, El Protestantismo, tom. I, cap. 14.

pregonado en casi todas las regiones conocidas, empero, debido á la escasez de Clero y á la misma falta de persecuciones, que siempre pulieron las conciencias abandonadas, comenzó á ser un tanto inobservado. Hacía falta entonces un ejército de fervientes misioneros que, repartiéndose por el mundo, estimulasen en unas regiones á las prácticas cristianas y anunciasen en otras la Doctrina evangélica. Este valiente ejército fué formado por los monjes. Y aquí debemos hacer constar que, á partir de esta época, los monjes, casi exclusivamente, fueron los que con sus numerosas y dilatadas misiones civilizaron el mundo. Fueron los continuadores de los discípulos apostólicos y de los grandes obispos. Los monjes y los frailes, sus sucesores y compañeros, tan odiados de la moderna sociedad, precisamente porque arrojan en cara su perversión espantosa é insensato orgullo; los monjes, hombres desprendidos del mundo que se contentaban con el preciso alimento y vestido, santos como sabios, diligentes como emprendedores, archivos de la civilización cristiana que los abrían de par en par á los estudiosos, formadores de las villas y aldeas, convertidas luego en grandes ciudades, fuentes del saber que á no ser por ellos quizá viviéramos en espantosa barbarie, rechazados, odiados, escupidos... ¡Paso á los monjes! ¡Es una ingratitud manifiesta no descubrirse ante su memoria!

Jesucristo Sacramentado, á quien esos insignes religiosos conservaban en sus monasterios para el sustento de sus almas, á quien consagraban y recibían diariamente, iba con los monjes á todas las conquistas de la civilización. Preparados en sus espaciosos monasterios con la oración, el silencio, el ayuno y la incesante labor de manos, los monjes salían del claustro para el ímprobo trabajo de la conversión de los pueblos. Inglaterra, Escocia, Irlanda, Suecia, Noruega, Islandia, Groenlandia y el norte de Europa fueron convertidas á la fe por los monjes. Los bárbaros extendidos por la Europa, como los que no habían escapado aún de sus rudos hogares, trocaron su bestial ferocidad por la cristiana mansedumbre inculcada por los monjes. Una misma fe

y un mismo Cristo alimentaba á los conquistadores y conquistados, á los monjes y á los bárbaros; de aquí el que no fuese difícil la preparación del terreno para un progreso indefinido. Los que afirman que después de la irrupción bárbara, no sólo se estacionaron las ciencias y las artes, sino que se perdieron por completo, ó no han saludado la imparcial historia, ó proceden de mala fe. ¿Qué hubiera sido de la sociedad conquistada por el salvajismo, si los monjes no hubiesen predicado la fe á los bárbaros conquistadores y no les hubiesen dado los sanos ejemplos de virtudes altísimas? Los monjes exponían sus capitales, sus comodidades y sus vidas por rescatar á los cautivos; conducían los vencedores hasta los mismos hogares de los vencidos, sembraban la paz y recogían el amor mutuo. ¿Qué hubiera sido de los múltiples conocimientos humanos, si los monjes no los hubiesen depositado, cual inmensos tesoros, en el fondo de sus monasterios, conservándolos en sendos pergaminos y en sus ilustradas inteligencias, para poderlos exhibir después poco á poco según las exigencias y permisión de las circunstancias? Mas, es de notar que no toda clase de conocimientos antiguos, conocidos antes de la irrupción bárbara, fueron conservados en las inmensas bibliotecas monacales, porque, aun con pesar de los monjes, no todos pudieron ser recogidos, ¡tanto fué el irreparable daño causado por las gentes incultas!; por eso es por que muchos de los posteriores descubrimientos fueron verdaderos inventos debidos á los monjes y á los frailes, publicados á fuerza de largos estudios y costosos desvelos.

Los relojes de agua ó arena al estilo antiguo, el globo celeste de Milán, las plumas de ave para escribir en sustitución de las cañas, varios principios de medicina práctica, la semilla de los gusanos de seda, traída de la China dentro de los báculos de los misioneros, los acentos ortográficos, el cristal, los molinos de viento, los órganos y las escuelas de latín, griego, astronomía, música y poesía: son aplicaciones y descubrimientos de los monjes en los siglos VI y VII. En el siguiente nos legaron la escritura rápida, algunos ma-

pas geográficos y varios conocimientos prácticos de aritmética, álgebra y física. En IX figuraron los relojes de ruedas dentadas, algunas obras de matemáticas y una Biblia iluminada. En el X fueron explotadas en grande escala las minas argentíferas de Hartz, y se usaron el telescopio de caña y las cifras numéricas. En el XI se aplicaron los molinos de agua para la manufactura del papel, produciendo el pergamino de paño, y se introdujo la caña de azúcar. En el XII adquirieron gran desarrollo las matemáticas, la geografía, la astronomía, la física, la medicina, la navegación, etc. etc. Empero todo esto no es más que algo de lo mucho que podíamos aducir en corroboración de la civilización intelectual y material llevada á cabo por los monjes, quienes, sin abandonar la civilización moral y religiosa de las conciencias, principal atención suya, buscaban en todas sus empresas la conquista de las almas para Jesucristo.

IV

Los monjes, en efecto, habían desempeñado en el mundo su elevada misión de civilizadores. Jesucristo había triunfado con ellos del salvajismo y, arraigando y fecundando el progreso moral de los pueblos, había sentado las bases de una intelectual, moral y material civilización que se encargarían de llevarla á cabo en todo su desarrollo y perfección sus posteriores discípulos. En efecto, sucesores y compañeros de los monjes en la obra de la triple regeneración social, fueron los religiosos mendicantes. Á la manera que por medio de aquéllos, Jesucristo prosiguió también por medio de éstos su labor redentora de las almas y progresiva de la cultura social, comunicándoles con el Pan de ángeles la luz, el acierto, la vida y la energía indispensables para desempeñar fiel y victoriosamente una misión tan delicada.

Por su parte, el religioso como el monje daban bien á conocer que todos sus medios eficaces de acción católico-social les llegaban directamente de la Hostia santa, á la cual, para tenerla siempre favorable, y en justo tributo del alma cristiana, no sólo comulgaban diariamente con especiales mues-

tras de afecto y devoción, sino que pasaban largas horas de rodillas ó en pie ante el Sagrario, obsequiando al Sacramento según sus Constituciones respectivas lo ordenaban. Los monjes se esmeraban de un modo solemne en preparar reverentemente la materia del Sacrificio; el ornato de los altares y las dulces melodías del canto y música gregorianos ocupaban sendas horas su atención. Los religiosos, en general, no obsequiaban menos al Sacramento Santísimo; el coro, la oración, la administración y recepción de los santos Sacramentos, la predicación y enseñanza eran sus medios ordinarios de reverenciar al Dios del Sagrario; pero hay Órdenes Religiosas que de un modo particular le obsequiaron. Los PP. Predicadores, desbaratando las argucias antieucarísticas de los valdenses, albigenses, luteranos y similares; los Menores, esforzándose por la gravedad y suntuosidad del culto eucarístico, extendiendo la santa práctica del *Bendito y Alabado*, atrayendo las almas hacia el Dios de los amores y fundando sacramentales cofradías y unas de las Cuarenta Horas existentes; las Órdenes redentoras, arrancando las víctimas cristianas á la Medialuna para proporcionar á sus fuerzas debilitadas y á sus cuerpos enflaquecidos por el hambre y la angustia el restaurador banquete de la Eucaristía; los PP. jesuitas, propagando felizmente el bello culto al Corazón Sagrado, que es el culto del Sacramento Santísimo, combatiendo los errores antieucarísticos en todos los terrenos, y erigiendo otra especie de sacramental Jubileo; las Congregaciones religiosas, cuya especial misión consiste en dar culto hermosísimo á Jesucristo Sacramentado; aunque respecto á éstas nada debo indicar por ahora.... Repito que el religioso, con semejantes demostraciones, ha dado á conocer bien á las claras que todos sus medios de acción católico-social le han llegado directamente del Sacramento Eucarístico. Los frailes, ciertamente, tuvieron también que regenerar el mundo, prosiguiendo la obra civilizadora de los pueblos. Jesucristo estaba con ellos, obraba en ellos y resolvía todas sus grandes dificultades, por lo que no fué difícil, ni extraño es, que acometiesen con

denuedo y obtuviesen éxito feliz las grandes empresas sociales que resgistra la historia.

Para probar esta verdad importantísima no me detendré en exponer largas consideraciones que, aunque no condujesen al fastidio, empero pertenecen más particularmente á otro lugar. No obstante algo debo consignar, aunque sea por vía de resumen, en obsequio de la causa que defiendo. Sostengo como anteriormente, que la civilización de la humanidad se debe en primer lugar á las misiones católicas, y estas sagradas misiones, desarrolladas en general por los monjes, fueron sostenidas, continuadas y aumentadas por los mendicantes. Nuevos atletas de la Religión divina, armados como los Confesores de los primitivos tiempos con el Pan de los fuertes, volaban con las alas de la fe y del amor á todas partes para comunicar á los justos, á los pecadores, á los infieles y á los salvajes su heroico amor y su robusta fe, á fin de poder decir á unos y á otros, señalando al Cordero Sacramentado, como en otro tiempo el Bautista: *Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccata mundi.*

El misionero entre los fieles ora, predica, instruye, comparte las penas de sus hermanos, administra los sacramentos, regala al mundo sus producciones científicas, vive en la tierra, pero también sobre ella; mas entre infieles comienza por hacerse amable, aprende el idioma y tradiciones regionales, se atrae las atenciones, y cuando, como otro Cristo, subyuga á los hombres con los lazos del amor, no sólo ejerce con los salvajes los ministerios anteriores, antes bien se propone endulzar su vida, cultivar sus inteligencias y proporcionarles gratuitamente toda clase de comodidades y adelantos de los países civilizados. En este concepto el misionero es el gran hombre, es el héroe, es el civilizador por antonomasia.

Tropas auxiliares del ejército divino, según apellidaba sabiamente á sus frailes el Patriarca de Asís, los religiosos, sin más capital que el breviario, sin más ajuar que el hábito, sin más aspiraciones que la conquista de los individuos para Cristo, sin más esperanzas en este mundo que la negra